

Cubanos Peores Que las Fieras

LA historia de Cuba, y acaso la de América, no ofrece paralelos con la orgía de sangre y tortura del batistato. Traspuesto ya el júbilo inicial del triunfo democrático y entrado el país en tareas de positiva reconstrucción, un velo de dolor moral indescriptible cubre las conciencias de todos los cubanos de buena voluntad. Lo motiva el espantoso descubrimiento de los innumerables crímenes cometidos por el gobierno de verdugos que acaba de extinguirse.

La prensa y la radio no han tenido jamás una misión tan oprimiente. Cargadas hasta los topes de evidencias macabras, de pruebas gráficas crispantes sobre el diabólico sadismo de tantos servidores de Batista, a lo largo del territorio nacional, van dejando caer sobre una opinión pública, conturbada y avergonzada, testimonios que jamás podrán olvidarse y que prueban que bajo el diáfano cielo de nuestra patria, sobre la tierra más generosa del mundo, hubo cubanos peores que las fieras —porque las fieras son inconscientes—, a los cuales no puede concederse el título de compatriotas ni tenerse piedad de ellos. Porque hay hechos que los hombres no pueden perdonar, y sólo la misericordia divina, que es infinita, podría tal vez cubrirlos.

El ánimo más viril se resiste a contemplar por mucho tiempo el espectáculo horrendo de las cámaras de tortura, repletas de instrumentos destinados a martirizar el cuerpo y doblegar el espíritu; de los asesinatos de todo tipo y de todo lugar, realizados en la carne viva de niños y viejos, hombres y mujeres, ricos y pobres, cultos e incultos; los pavorosos cementerios particulares descubiertos sucesivamente, sin que el funesto hallazgo haya terminado aún, y en los que se hacían docenas y centenares de cadáveres anónimos.

En los juicios emprendidos por los tribunales revolucionarios —procesos rápidos, es cierto, como lo son todos en circunstancias parecidas, pero en los que se cumplen las más elementales garantías procesales, sin que falte, junto al acusador, el defensor; junto al testigo, la prueba; junto al sentenciado, el sacerdote—, el horror de las infamias e inhumanidades perpetradas por los esbirros más viles añade nuevos grados a la indignación y a la pena de los que asisten a esos actos y aún de los que solamente los conocen por indirecta referencia. Pues hay en el alma del hombre un límite para resistir aquellos sentimientos que sobrepasan toda medida, y no existe persona tan insensible que no tiemble y retroceda ante el crimen cuando se le ofrece en racimo innumerable, goteando crueldad y escarnio sin tregua; cuando las inculpaciones mutuas de los mismos acusados en dichos juicios cubren toda la escala conocida de la monstruosidad. Basta conocer la cobardía y la vileza con que desnudan alternativamente su pasado tales malhechores, tratando cada uno de escapar a la sanción popular mediante la denuncia del crimen ajeno, para tener la convicción de que merecen la máxima pena.

Para los cubanos, sin distinción de ideologías, se

trata de causas falladas moralmente. Ninguno, salvo los cómplices pasados de la dictadura y los integrantes de ella, considera que haya comunidad posible con los verdugos de la tiranía. ¿Se quiere saber por qué? Es que a muchos no los deja dormir el clamor de tanta madre a la que le arrancaron el hijo de la entraña para torturarlo en cámaras policiales o sepultarlo, a veces vivo, en fosas comunes, junto a sus compañeros de generosa rebeldía. Y no se olvide que el grueso de las víctimas que ahora se desentierra o se inscribe en el martirologio de la revolución estaba compuesto por jóvenes en flor, esperanzas un día de la patria. Nada podrá reparar su pérdida.

Si todo esto es cierto, como lo cree firmemente BOHEMIA —nunca sospechosa de alentar venganzas ni odios políticos— por qué se está agitando fuera de Cuba, casi siempre con significativa anonimidad, el fantasma de las “ejecuciones en masa” y del “baño de sangre” en que quiere verse sumida a la Revolución auroral que levantamos todos con fe y esperanza? Los hijos de esta Isla, bendecida por la naturaleza y consagrada por el espíritu que se afirma sin tregua contra la infamia, se han emancipado a costa de indecibles sacrificios de la más oprobiosa tiranía de su historia, y han crecido demasiado en conciencia y en responsabilidad para que puedan oír sin recelo ciertas reprensiones y advertencias sobre el modo de conducir sus asuntos y sentenciar sus procesos internos.

Por otra parte, se pierde de vista que Cuba atraviesa un momento revolucionario, que exige reparaciones, y que no es fácil hallar otro país donde se haya sopor-tado una tiranía de 7 años, que dejó 20 mil víctimas a su funesto paso, y donde las ejecuciones de notorios asesinos, convictos de múltiples fechorías se realizan con inigualada escrupulosidad. Por supuesto, no se está en una hora de justicia normal. Precisamente, por haberla abolido radicalmente el régimen depuesto tiene que hacerse, a veces justicia expeditiva. No de otra manera procedieron los militares vencedores de las democracias cuando ajusticiaron, tras el proceso histórico de Nuremberg, a muchos criminales de guerra del hitlerismo. Tanto derecho, por lo menos, tienen a hacerlo las autoridades cubanas que juzgan y sentencian a sus propios compatriotas. Lo que no se reprochó a Nuremberg, que no se le censure a Cuba.

Por último, resulta irritante para la opinión pública nacional que los mismos personajes que no levantaron su voz mientras la tiranía de Batista ensangrentaba a la Isla y era baldón de la humanidad civilizada; los que no estimaron necesario reconvenir a la dictadura por sus atentados al derecho de gentes, sus múltiples crímenes y sus bombardeos de ciudades indefensas, se entremezclan teatralmente ahora por unos pocos actos de justicia que nadie en Cuba discute. Y los que no protestaron a tiempo del crimen cuando las mismas calles céntricas de la capital daban evidencia de cadáveres inocentes, no tienen derecho a protestar cuando se sanciona a sus asesinos.